

Cuentos populares rusos

Era un campesino *El adivino* pobre y muy astuto apodado Escarabajo, que quería adquirir fama adivino.

Un día robó una sábana a una mujer, la escondió en un montón de paja y se empezó a alabar diciendo que estaba en su poder el adivinarlo todo. La mujer lo oyó y vino a él pidiéndole que adivinase dónde estaba su sábana. El campesino le preguntó:

—¿Y qué me darás por mi trabajo?

—Un pud de harina y una libra de manteca.

—Está bien.

Se puso a hacer como que meditaba, y luego le indicó el sitio donde estaba escondida la sábana.

Dos o tres días después desapareció un caballo que pertenecía a uno de los más ricos propietarios del pueblo. Era Escarabajo quien lo había robado y conducido al bosque, donde lo había atado a un árbol.

El señor mandó llamar al adivino, y éste, imitando los gestos y procedimientos de un verdadero mago, le dijo:

—Envía tus criados al bosque; allí está tu caballo atado a un árbol.

Fueron al bosque, encontraron el caballo, y el contento propietario dio al campesino cien rublos. Desde entonces creció su fama, extendiéndose por todo el país.

Por desgracia, ocurrió que al zar se le perdió el anillo nupcial, y por más que lo buscaron por todas partes, no lo pudieron encontrar.

Entonces el zar mandó llamar al adivino, dando orden que lo trajesen a su palacio lo más pronto posible. Los mensajeros, llegados al pueblo, cogieron al campesino, lo sentaron en un coche y lo llevaron a la capital. Escarabajo con gran miedo, pensaba así:

«Ha llegado la hora de mi perdición. ¿Cómo podré adivinar dónde está el anillo? Se encolerizará el zar y me expulsarán del país o mandará que me maten.»

Lo llevaron ante el zar, y éste le dijo:

—¡Hola, amigo! Si adivinas dónde se halla mi anillo te recompensaré bien; pero si no, haré que te corten la cabeza.

Y ordenó que lo encerrasen en una habitación separada, diciendo a sus servidores:

—Que le dejen solo para que medite toda la noche y me dé la contestación mañana temprano.

Le llevaron a una habitación y le dejaron allí solo.

El campesino se sentó en una silla y pensó para sus adentros: «¿Qué contestación daré al zar? Será mejor que espere la llegada de la noche y me escape; apenas los gallos canten tres veces huiré de aquí.»

El anillo del zar había sido robado por tres servidores de palacio; el uno era lacayo, el otro cocinero, y el tercero cochero. Hablaban los tres entre sí, diciendo:

—¿Qué haremos? Si este adivino sabe que somos nosotros los que hemos robado el anillo, nos condenarán a muerte. Lo mejor será ir a escuchar a la puerta de su habitación; si no dice nada, tampoco lo diremos nosotros; pero si nos reconoce por ladrones, no hay más remedio que rogarle que no nos denuncie al zar.

Así lo acordaron, y el lacayo se fue a escuchar a la puerta. De pronto se oyó por primera vez el canto del gallo, y el campesino exclamó:

—¡Gracias a Dios! Ya está uno; hay que esperar a los otros dos.

Al lacayo se le paralizó el corazón de miedo. Acudió a sus compañeros diciéndoles:

—¡Oh, amigos, me ha reconocido! Apenas me acerqué a la puerta, exclamó: «Ya está uno; hay que esperar a los otros dos.»

—Espera, ahora iré yo—dijo el cochero; y se fue a escuchar a la puerta.

En aquel momento los gallos cantaron por segunda vez, y el campesino dijo:

La batalla

literaria, artística y científica

—¡Gracias a Dios! Ya están dos; hay que esperar sólo al tercero.

El cochero llegó junto a sus compañeros y les dijo:

—¡Oh, amigos, también me ha reconocido! Entonces el cocinero les propuso:

—Si me reconoce también, iremos todos, nos echaremos a sus pies y le rogaremos que no nos denuncie y no cause nuestra perdición.

Los tres se dirigieron hacia la habitación, y el cocinero se acercó a la puerta para escuchar. De pronto cantaron los gallos por tercera vez, y el campesino, persignándose, exclamó.

—¡Gracias a Dios! ¡Ya están los tres!

Y se lanzó hacia la puerta con la intención de huir del palacio; pero los ladrones salieron a su encuentro y se echaron a sus plantas, suplicándole:

—Nuestras vidas están en tus manos. No nos pierdas; no nos denuncies al zar. Aquí tienes el anillo.

—Bueno; por esta vez os perdono—contestó el adivino.

Tomó el anillo, levantó una plancha del suelo y lo escondió debajo.

Por la mañana el zar, despertándose, hizo venir al adivino y le preguntó:

—¿Has pensado bastante?

—Sí, y ya sé dónde se halla el anillo. Se te ha caído, y rodando se ha metido debajo de esta plancha.

Quitaron la plancha y sacaron de allí el anillo. El zar recompensó generosamente a nuestro adivino, ordenó que le diesen de comer y beber y se fue a dar una vuelta por el jardín.

Cuando paseaba por una vereda, vio un escarabajo, lo cogió y volvió a palacio.

—Oye—dijo al campesino—: si eres adivino, tienes que adivinar qué es lo que tengo encerrado en mi puño.

El campesino se asustó y murmuró entre dientes:

—Escarabajo, ahora sí que estás cogido por la mano poderosa del zar.

—¡Es verdad! ¡Has acertado!—exclamó el zar.

Y dándole aún más dinero, lo dejó irse a su casa colmado de honores.

AFANASIEV.

Los chispazos eléctricos viajan en espiral

El señor J. W. Legg, miembro del cuerpo de ingenieros de la Westinghouse Electric Manufacturing Company, en East Pittsburgh, Pa., haciendo uso de una máquina fotográfica que él mismo inventó y que saca fotografías a razón de 2,600 por segundo, es decir, a una velocidad ciento cincuenta veces mayor que una máquina de películas cinematográficas, demostró que la forma plana con bordes irregularmente dentados que se percibe en los chispazos eléctricos, es sólo una ilusión óptica.

El curso que en realidad sigue una carga eléctrica es una espiral de forma compleja. La carga al saltar de un punto a otro circula en el espacio, llegando a su destino después de haber recorrido una distancia mucho mayor que la distancia en línea recta comprendida entre los dos puntos.

El curso en espiral puede notarse con pronunciada claridad cuando las fotografías estereoscópicas de chispazos eléctricos tomadas con la cámara fotográfica de Legg, son dispuestas en la forma debida y vistas a través de un espectroscopio, el muy conocido instrumento óptico que permite la visión de las tres dimensiones de la fotografía. Cuando se procede de esta manera, se nota una multiplicidad de trenzas de formas circulares que parecen desprenderse del conjunto con alivio, pudiendo el efecto en general compararse al de una escalera en espiral o de un tirabuzón deformado.

«Hasta la fecha, los estudios que hemos efectuado con la cámara fotográfica se han limitado solamente a los chispazos producidos en nuestro laboratorio de alta tensión, y aun no hemos tratado de obtener fotografías de los rayos—dijo el señor Legg—; pero no hay duda de que también las descargas eléctricas atmosféricas siguen un curso de espirales complicadas.

«Uno siempre se imagina que la fotografía de un rayo se asemeja a algo así como un arañazo de forma irregular; sin embargo, sería mucho más exacto si se la comparase a un cable que se desarrolla después de haberlo arrojado de un buque.»

Crónicas de la lámpara maravillosa

Adolphe Menjou está muy mimado por los aficionados al cine. Lo pude constatar el otro día, al ver el numeroso público que se hallaba en un elegante salón céntrico donde se reflejaba sobre la blanca pantalla «Rubia o Morena», pieza vaudevillesca en la cual nuestro actor hace de protagonista. No sé si fue el placer de ver a Menjou o el de no verlo más en la película que le precedió en la pantalla y que era sin interés... o las dos cosas reunidas, lo que arrancó esos ¡ah! de satisfacción a la concurrencia.

Es seguro que los lectores van a opinar que ello sucedió por el interés siempre creciente que Menjou suscita y por la esperanza de una película buena... Iba a decir que todas las suyas siempre gustan mucho... pero olvidaba «Las Tristezas de Satán», que fue un fracaso completo, no por culpa de él, sino por la del escenario, demasiado intelectual. Sin embargo, puedo decir que cada vez que he visto a Menjou regresé a mi casa con la satisfacción de haber pasado un rato muy agradable.

Es un artista completo que agrega un gran natural a su profunda inteligencia y su justa observación. Parece que se le viera vivir: tanta soltura y verdad hay en sus movimientos. Por mi parte admiro más que lo otro, esa sonrisa imperceptible, diferente cada vez, que es su medio de expresión más personal y completo. Esa sonrisa atrae la simpatía del público por lo expresiva que es a veces; con ella indica el contento, la ironía, el amor, el atrevimiento, la sorpresa y todos los aspectos del disgusto o la alegría. Iba a ol-

vidar el bigotito, socio de su sonrisa... ¿Por qué no dejamos los nuestros «a la Menjou»?... ¿Por qué no? Tal vez un día lleguemos a cometer esa idiotez; todo es cuestión de moda, incluso el buen gusto. ¿Qué les diré de su elegancia? ¿Y del asunto que, por ser muy liviano... sin gran moralidad... presenta unas cuantas escenas cómicas, con detalles chistosos? Para que estas escenas no resultaran ridículas, sólo Menjou era capaz de interpretarlas.

Hemos visto otras películas más, pero como el espacio de que disponemos hoy es muy pequeño y como ellas se merecen más que cuatro líneas de comentarios, dejaremos para el próximo número la crítica de los últimos reflejos de la lámpara maravillosa.

FRED HERIQUE.



OPTICOS PROFESIONALES

Para examen de su vista y protección de sus ojos con los mejores cristales y armazones.

Precios módicos

Prontitud y esmero
en los trabajos

MEXICO OPTICAL CO.

Avenida Independencia, 2
Frente al Cable

Los Telégrafos Nacionales

proporcionan al público toda clase de facilidades

rapidez-seguridad
economía

Si usted deposita hoy una carta telegráfica, mañana a primera hora será entregada, no importa la distancia

Si usted desea girar dinero a cualquier parte de la República o del Extranjero, ocurra a los

Telégrafos Nacionales

VEA NUESTRAS TARIFAS